

comenzon de escribir, cual- quiera que desea comunicar a sus semejantes lo que se le ocurre, no tiene más trabajo que encaramarse sobre la sublime cátedra de Gutiérrez y, bajo cual- quier título, llamar la aten- ción del público, diciendo: “¡Oíd, oíd! No. 1—Prospecto — etcétera; y allá te va. Así es que da gusto ver la tran- queza y desaparajo con que cada cual, sientase o no inspirado, usa de la *libertad de pensamiento* (frase que,

que los Ministros deben largar los zurrones o, en estilo oficial, los portafolios o carteras; que la Adminis- tración no corresponde a la confianza de sus comitentes, etc., etc., etc. Si es un escritor ministerial habrá compuesto un elogio *nuborizante* en favor del Gobierno; habrá pasado revista a todos sus actos sin hallar censurable uno solo, concluyendo por echar encima de los oposi- cionistas un cerro de aga- sajos, etc., etc. Si es un

escritor faccioso... Ya sabe Usted la oración que reza un escritor así, y el *santo* al cual encamina sus plegarias: este periodista no tiene remedio, al menos mientras exista en el almanaque revolucionario el nombre de Chepe Bertuecos. —? Si es un escritor de costumbres...? Señor lector, aguardeme un tantico me siento ahí y verá Usted si yo tengo cara de eso. —¡Jesús! ¡Jesús! Esto es diabólico. Tener que decir lo que no se ha aprendido

de sacrificar (el escritor) su propia existencia, y aunque en vez de premio y agrade- cimiento (ahí va el mono- logo) no recibiera sino bal- don y escarnio. Hoy, gracias al progreso de las luces nadie pondera lo que va a hacer, ni paja, ni gime, ni llora bajo el peso de la formidable carga que se echa encima comprometién- dose a dar un periódico. No, señor: en el día, esto es sumamente sencillo; cual- quiera que siente la

corto intervalo desaparecer el privilegio exclusivo que unos pocos poseían de publicar sus pensamientos, y los ajenos.

De manera que hemos dado tal par de zancadas en el camino del progreso que ya vemos muy atrás y muy chiquitos a los que teníamos adelante y nos parecían gigantes. La primera zanca- da es la supresión del consa- bido tema y de los suso- dichos monólogos; la segun- da, la generalización de la

facultad de escribir para el público, haciéndolo cada cual como mejor puede o como le da la gana.

Sin embargo, yo, el Duende, no afirmo que las cosas pasen tan simple- mente como lo he expre- sado; y no lo afirmo por- que... Es muy fácil saber por qué: acompañeme Usted allí, mi paciente lector, y verá.

¿Ve Usted aquel gabinete, aquel estante de libros, aquella mesa con mapas y periódicos, y el diccionario y

EDICIONES 
DOSIS MÍNIMA

dosisminima.org

6 EL PERIODISTA DE AHORA

*Publicado en Bogotá,
domingo 30 de agosto de 1846.*

Ha días que no se lee en los periódicos aquel tema favorito, indispensable, aquel monólogo obligado que no faltaba ni en el pros- pecto, ni en la despedida, ni en ninguno de los números de cada periódico. Aquel tema, ¡aquel monólogo!

magnánimo! ¡Y cuán ingratamente se quiere significar que se quiere hacer que signifique; da gusto ver al escritor público cómo alza el vuelo, cómo se evapora; da gusto ver, no a una, ni dos, ni diez, sino a veinte y treinta y muchas más plumas nuevas, rasguñar con sumo desbarazo, y con muchísima gracia, volar ellas solitas que parece que las lleva el viento.

Y esta transformación es de ayer. No ha tanto tiempo

Y bien, ¿qué temas y qué monólogos son esos que Usted extraña hoy día, señor Duende? —¡Oh! ¿No lo adivina Usted, señor lector? Recuerde Usted.

Antes, un periódico en su primera salida comenzaba exclamando: “¡Cuán difícil y ardua la tarea que emprendemos! ¡Escribir para el público, arrostrar los peligros de carrera tan espinosa, haciendo el sacrificio de nuestro tiempo, de nuestra tranquilidad y de nuestro dinero; esto es heroico,

en ningún libro... ¡Esto es imposible! No, esto es peor que... ¡Adios trabajos! ¡Yo en haciendo monólogos! No en mis días.

El *Duende* improvisa, copia del gran libro de la humanidad que tiene a la vista, es decir, de uno de los volúmenes de esa inmensa obra; si, de un solo volumen que se titula *Bogotá*; si lo hace mal, será porque no tiene el órgano de la imitación, o porque le faltan buenos colores en su paleta.

Pero, ¡de veras, es cierto; lo estoy viendo! El oficio de periodistas es fatigoso, por lo menos; aquí donde Usted me ve, estoy sudando la gota. ¡Pobre de los escritores de alta nota, que no escriben por pura diversión, como yo lo hago y como lo hace el chistosísimo fray Junípero!

imóvil ahora, la verá Usted dentro de poco... ¡Ya se mueve! Si, vea Usted qué chorro de tinta sale de ella, ya no es una pluma, es un embudo por donde escurre lo que el fuego de la inspiración o el combustible del talento ha hecho resudar en el recipiente del alambique, o en el cerebro, que es lo mismo. Y bien, ¿qué ha escrito esa pluma? ¡Oh, cualquier cosa! Si es un escritor de la oposición habrá hecho un discurso probando

la brújula y el termómetro...? —Sí, veo.— Pues ahora vez Usted más allá un bulto envuelto en una bata, sentado delante de un escritorio; la frente cargada sobre la planta de la mano izquierda; en la derecha una pluma: ¿qué le parece a Usted que es ese bulto? Amigo mío, ese bulto es ¡un periodista! Esa mano izquierda golpea en esa frente para que salgan las ideas, para que broten los pensamientos; esa pluma parada,

que en Bogotá se creía que ningún papel gracioso, satírico o chocarrero podía ser escrito, sino por el docto Merizalde; que solo el Sr. Pombo escribía bien el castellano; que sólo cierto individuo hacía buenos versos; y así. Hoy estas creencias han dejado de ser de fe: desde que Mr. Agalla dio a luz sus cubiletos, se vio que aquí no podía monopolizarse el ramo jocoso o del chiste; y en cuanto a lo demás, hemos visto en un